

## MAX WEBER, AUSCHWITZ Y LA RACIONALIDAD DEL CAPITALISMO<sup>1</sup>

Enzo Traverso<sup>2</sup>

### Resumen

*Para Max Weber, la singularidad del capitalismo, además del mercado y la ganancia, es la racionalidad económica intrínseca que resulta de la civilización occidental. En ella habita el secreto de tantas conquistas materiales, científicas y culturales que hacen que la superioridad de Occidente sea más poderosa que las otras civilizaciones del mundo. A esta racionalidad de la civilización occidental le corresponde un mundo “desencantado” y deshumanizado generado por el capitalismo que simultáneamente produce y destruye al mundo. La violencia que surge se sitúa en la relación existente entre esta violencia y la civilización. ¿Se trata de una violencia que se erige contra la civilización, o de una violencia engendrada por la civilización misma?*

### Abstract

*For Max Weber, the singularity of capitalism, further the market and earn, is the intrinsic economic rationality of occidental civilization. On it lays the secret of many materials, scientific and cultural conquers that makes the occidental the most power civilization rather any other any time. To this rationality of occidental civilization correspond a world “des-enchanted”*

---

<sup>1</sup> Traducción de Roberto Merino Jorquera

<sup>2</sup> (1957) historiador italiano formado en la Escuela Autónoma del Marxismo Italiano; milita en Potere Operario, Profesor de la Universidad de Picarda y de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). Ha investigado sobre el Holocausto nazi y el Totalitarismo. Especialista en filosofía judía alemana, el nazismo, el antisemitismo y las guerras mundiales. Entre sus obras destacan: “La historia desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales”; “Los judos y Alemania: ensayos sobre la ‘simbiosis judo-alemana’”; “Siegfried Kracauer: itinerario de un intelectual nómada”, entre otras.

*and des-humanized rose from a capitalism that at the same time makes and destroy the world. The rising violence is located in the relationship between this violence and the civilization. Is this a violence that rises against the civilization, or a violence born by the civilization itself?*

En el campo de las ciencias sociales existen varias definiciones de capitalismo. La que actualmente predomina pertenece al pensamiento liberal clásico. Ella advierte de un sistema social fundado en el mercado, fuente primaria de las libertades modernas y último fundamento del individualismo occidental. El mercado sería el motor de la innovación de nuestras sociedades, de la competitividad de nuestras economías, matriz del pluralismo de nuestra vida política y de nuestra concepción de libertad. En suma, una suerte de molde antropológico que modela nuestro habitus mental y nuestra manera de vivir. Hasta hace poco, sin embargo, la visión marxista del capitalismo como modo de producción fundado en las relaciones de explotación (extracción de la plusvalía) de la opresión del hombre por el hombre parecía ser algo evidente para numerosos investigadores y observadores del mundo contemporáneo. Los argumentos que sostienen estas dos definiciones completamente antinómicas revisten mucho interés y su confrontación ha continuado desde hace más de un siglo. La reflexión que trataré de esbozar en este texto no los olvida, pero los deja en segundo plano. Su punto de partida será más bien el capitalismo, tal como lo definió Max Weber.

Este gran científico alemán, liberal crítico y atento lector de Marx, no tenía dificultad alguna en reconocer, dentro de los rasgos distintivos del capitalismo, al mercado y a la búsqueda de una ganancia constantemente renovable, pero detectaba el profundo núcleo de su *racionalidad* económica, a medida de la cual estudiaba y clasificaba las normas éticas predicadas por las religiones del mundo. Según Weber, esta racionalidad intrínseca hace del capitalismo el resultado de la civilización occidental. Tal sería su singularidad. Allí residiría el secreto de sus gigantescas conquistas, tanto en el campo de la producción material como de las ciencias y la cultura. Pero Weber iría más lejos. A sus ojos, esta racionalidad sería también el secreto —sobre este punto algunos de sus discípulos, como por ejemplo David Landes, serán más explícitos—, el secreto de la *superioridad* de Occidente frente a otras civilizaciones. Weber, sin embargo, no era un apologista beato del capitalismo. Por cierto, este último celebraba el apogeo de Occidente, pero su triunfo no suscitaba

en él ni felicidad ni satisfacción. A la racionalidad acabada de la civilización occidental le correspondía un mundo “desencantado” (*entzeubert*) y en el fondo, deshumanizado. “No es el florecimiento del verano que nos espera —escribía en 1919, un año antes de su muerte—, sino una noche polar, sombría y ruda”. Su postura, escribía el historiador Detlev Peukert, recuerda al condenado del *Juicio universal* de Miguel-Ángel, que sentado y pensativo, contempla resignado el fin del mundo, el paisaje de catástrofe que se esparce a su alrededor. Al realizar la grandeza y la potencia de Occidente, el capitalismo también viene a sellar su destino trágico. La racionalidad es al mismo tiempo su fuerza y su maldición.

Según Weber, la racionalidad del capitalismo modela la sociedad en su conjunto. En la empresa capitalista dominan la división del trabajo, la separación entre ideación y ejecución de las tareas, el espíritu de cálculo, la fragmentación del tiempo, la separación entre los productores y sus medios de trabajo, la jerarquía que divide a los seres humanos en función de sus competencias y de sus actividades. La misma racionalidad que funciona en otras instituciones de las sociedades modernas, como el ejército y la burocracia, es decir, el personal administrativo, tanto en las estructuras públicas como en las empresas privadas. Esta racionalidad *instrumental* —Weber constata el ocaso de la “racionalidad de los valores” en provecho de la “racionalidad de fines”— deja de ser así un instrumento al servicio del progreso social para transformarse en una técnica ciega de dominación, en el doble sentido del sometimiento de la naturaleza a la técnica y de una sumisión del hombre por el hombre. El mundo racionalizado y “desencantado”, concluye Weber, se asemeja a una espantosa “jaula de hierro” que compara con el sistema esclavista del antiguo Egipto.

Weber siempre distinguió el espíritu del capitalismo de la sed de ganancia a cualquier precio, del robo y del enriquecimiento crapuloso, de las actividades que implican una “impulsión irracional” completamente extranjera al capitalismo (al menos al capitalismo concebido como “tipo ideal”). El capitalismo implica a sus ojos un cierto “ascetismo en el mundo”, la clarividencia de las previsiones a largo plazo, la ejecución de tareas identificadas con el cumplimiento de una misión, la concepción del trabajo como una actividad ennoblecedora y redentora, el sentido de la disciplina y el espíritu de obediencia. Siguiendo las huellas de Weber, el sociólogo Norbert Elias, bosquejó “el proceso de civilización” como

la afirmación gradual pero inexorable en el mundo occidental, de la racionalidad productiva y administrativa vinculada con la instauración del monopolio estatal de la violencia y la emergencia de relaciones sociales teñidas de “civilidad”, cuya premisa indispensable reside en el autocontrol de las pulsiones. Como muchos grandes intelectuales y científicos exiliados, Elias erigió un monumento a la civilización occidental —la primera edición de su obra clásica *El proceso de civilización* es publicada en 1939— en un momento donde ésta parece desmoronarse durante una nueva guerra mundial, en una apoteosis de violencia. La pregunta que surge y que atormenta entonces a diversos “herederos” del pensamiento de Weber —principalmente a los filósofos de la escuela de Frankfurt, pero no a Elias— se sitúa precisamente en la relación que existe entre esta violencia y la civilización. ¿Se trata de una violencia que se erige *contra* la civilización, o de una violencia engendrada *por* la civilización misma?

Quienes perciben un vínculo orgánico entre la guerra (con un cortejo de masacres y de genocidios) y la “dinámica del Occidente”, no pueden dejar de señalar una afinidad sorprendente entre las formas de la violencia extrema y los códigos de funcionamiento del capitalismo moderno.

En realidad, esta interrogante había surgido mucho antes, al alba de la Revolución industrial. Con su proyecto de reorganización panóptica de todas las instituciones de la sociedad, desde las prisiones a los hospitales, las escuelas a las oficinas, los regimientos a las fábricas, Jeremy Bentham identificaba la racionalidad con un control del tipo, diríamos hoy día “totalitario”, elaborando un modelo destinado a una larga posteridad. Encierro, transparencia, control, disciplina, sumisión jerárquica, sometimiento de los cuerpos, devendrán características compartidas, en distintos grados, tanto en los regimientos como en las fábricas de producción en cadena, por las instituciones penitenciarias y los campos de concentración. Michel Foucault escribió páginas esclarecedoras a este respecto. Todos los procedimientos modernos de condena a muerte, de la guillotina a los mataderos, hasta las masacres industriales de la gran guerra, serán racionalizados con la adopción de un mismo principio de *serialización*. El sociólogo Wolfgang Sofky tiene razón al afirmar que la invención de la guillotina representa la introducción de la Revolución Industrial en el campo de la pena capital. La ejecución mecánica, que hacía del verdugo una figura anacrónica, no tanto símbolo de una justicia real

y divina sino la simple mano de obra de un aparato técnico, era mucho más eficaz, más rápida y anónima que las ejecuciones espectaculares del Antiguo Régimen. Y el escritor Ernst Jünger no se equivocaba tampoco en 1930, al describir la Primera Guerra Mundial como una metamorfosis de Europa, durante la cual sus diferentes países se habían convertido en “gigantescas industrias que producen ejércitos en cadena con el fin de estar en medida, las veinticuatro horas del día, de enviarlas al frente, donde un sangriento proceso de consumo, incluso allí completamente mecanizado, jugaba el rol del mercado”.

Auschwitz constituye un laboratorio privilegiado para estudiar las analogías que existen entre la racionalidad capitalista de la producción serial y las prácticas modernas de exterminio a escala masiva. Esta afinidad no tiene nada de abstracto o de metafórico. Ella toma inmediatamente una dimensión visual. Mirando las fotografías de Auschwitz-Birkenau realizadas por la aviación norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial, este campo de exterminio podría fácilmente ser visto como una industria. La simetría de las construcciones —tanto en las barracas de madera como en las casas de ladrillo— en un espacio cerrado, dominado por las siluetas de las chimeneas de los crematorios, con las líneas férreas que entran al campo, recuerdan muy de cerca el paisaje del siglo XIX o de comienzos del siglo XX. Podríamos estar en una industria. Efectivamente, Auschwitz funcionaba como una gigantesca fábrica de producción de cadáveres, donde los judíos deportados de toda una Europa sometida a la ocupación nazi, constituían la “materia prima” encaminada a su destino final por ferrocarriles, en vagones de animales, como una mercancía. La expoliación de las víctimas —expropiadas de sus bienes e incluso de ciertas partes de sus cuerpos, los dientes de oro o sus cabellos— seguirían los procedimientos estandarizados, mientras que la incineración de los cadáveres se desarrollaba como un trabajo en cadena, con equipos que se alternaban para llenar los hornos, otros que evacuaban las cenizas, bajo la mirada de un cronómetro que calculaba los tiempos. “Mientras sacábamos las cenizas de uno de los complejos de los hornos —escribe Filip Müller en sus memorias— prendíamos los ventiladores en el complejo vecino y hacíamos todos los preparativos para una nueva llegada. Un número muy grande de cadáveres cubría ya el suelo de cemento, en todo el derredor”. La eficacia de los hornos había sido mejorada gracias a las experticias de los técnicos de la empresa Topf

de Erfurt, mientras que las cajas de zyklon-B, inyectadas en las cámaras de gas, habían sido especialmente concebidas y producidas en serie por IG-Farben, uno de los mayores conglomerados químicos de Europa. Los responsables de los campos llevaban la contabilidad de las víctimas, tratando de mejorar la “productividad” del sistema. El carácter “fordista” de los campos de exterminio nazis era por lo demás perfectamente reconocido por los mismos nazis, que habían sido promotores en Alemania, de los escritos de Henry Ford. Interrogado por Claude Lanzmann en la *Shoa*, el ex-SS Franz Suschomel, refería sobre este punto sin ninguna ambigüedad: “Treblinka era una cadena de muerte, primitiva pero que funcionaba bien”. La imagen de la “cadena” (*am laufenden Band*) vuelve también en las palabras de un médico SS citado por Raúl Hilberg, el principal historiador del Holocausto.

Ahora bien, esta afinidad morfológica entre los campos de exterminio nazis y las industrias taylorizadas del siglo XX no es suficiente para hacer de Auschwitz un simple avatar del capitalismo. Si el capitalismo es un sistema industrial de producción de mercancías y tiene un objetivo de ganancia, ciertamente que Auschwitz no era una empresa capitalista, muy simplemente porque no se producían mercancías, sino cadáveres. Un último análisis, y en desmedro de múltiples mediaciones, el exterminio de los judíos respondía a un imperativo ideológico. Su irracionalidad económica era clara, a pesar de algunos intentos recientes por tratar de probar lo contrario (los costos de las razias y de las deportaciones se cubrían con las expropiaciones de las víctimas, pero el sistema en su conjunto seguía siendo no rentable). Si consideramos la *finalidad* de los campos de exterminio nazis, no cabe duda alguna de que no eran empresas capitalistas. Su resorte era la visión del mundo nazi, no la ganancia. Sin embargo sigue estando el hecho de que reproducían las características y las normas de funcionamiento. Eran fábricas que producían muerte. Vista bajo este ángulo, la racionalidad instrumental del capitalismo se reveló como la condición necesaria para la realización de modernos proyectos de exterminio a escala masiva. Esta reflexión va más allá de la constatación del carácter potencialmente destructor de la tecnología moderna. Si la bomba atómica vuelve a cuestionar a la tecnología y a la ciencia como vectores del progreso, los campos de exterminio interrogan al capitalismo en tanto sistema global de organización de la sociedad, fundado en el principio de la racionalidad instrumental. Es por esto que el sociólogo británico Zygmunt Bauman propuso “tratar al Holocausto

como un test excepcional pero significativo y fiable de las posibilidades ocultas de la sociedad moderna”. Y mucho antes que él, Theodor W. Adorno consideraba al nazismo como una forma de barbarie “inscrita en el principio mismo de la civilización”.

Si adoptamos esta perspectiva, la inhumanidad del capitalismo no aparece más como el recuerdo de su parto doloroso —los *slums* descritos por Dickens en *Temps difficiles*— o como uno de sus excesos deplorables —la sobreexplotación de los obreros en el Sur del mundo— sino como uno de sus rasgos constitutivos. En tanto dispositivo social que une *racionalidad* y *dominación*, el capitalismo ha engendrado, a lo largo de su historia, la inhumanidad y la destrucción, al mismo título que un inmenso desarrollo de las fuerzas productivas materiales e intelectuales. Progreso material y regresión social van a la par, como dos caras de la misma moneda. Para un filósofo como Herbert Marcuse, cuyo pensamiento se inspiraba a la vez de la teoría del capitalismo de Marx, del concepto de racionalidad de Weber y de la visión de la técnica de Heidegger, la racionalidad del capitalismo tardío tendía a alejarse progresivamente de su *ratio* originaria, aquella de una burguesía “ascética” y éticamente inspirada, para transformarse en irracionalidad humana y social. Si el capitalismo no desembocaba ineluctablemente en la dominación totalitaria, constituía al menos una premisa indispensable. Es en este sentido que Max Horkheimer había forjado, en 1939, un aforismo que se ha vuelto célebre: “Él que no habla de capitalismo no tiene derecho a hablar del fascismo”. Hoy en día, en una época en que los campos de exterminio pertenecen a nuestra memoria histórica, la racionalidad llevada al extremo de cada empresa capitalista converge en la irracionalidad global de un sistema que produce catástrofes ecológicas, desigualdades sociales monstruosas y el empobrecimiento creciente de una amplia parte del planeta. Su “racionalidad irracional” no es más la de los campos de exterminio, donde la organización científica del trabajo estaba puesta al servicio de la muerte. Es más bien la “racionalidad irracional” de una dominación “globalitaria”, donde todas las relaciones sociales, todas las necesidades de la humanidad, están sometidas a un proceso de reificación universal que las transforma en mercancías: de la información a la cultura, del agua a la alimentación, hasta la organización de la salud. Por cierto que el capitalismo no inventó el SIDA, pero ha organizado su propagación, sometiendo a un imperativo mercantil la producción y distribución de

los medicamentos que permiten combatirlo. Si la globalización económica no consigue sustraerse a su lógica actual, la de una racionalidad puramente mercantil y financiera, cuando ella haya fagocitado el planeta, entonces el futuro seguramente será hecho a medida de la profecía weberiana: “una noche polar, sombría y ruda”.